

dirigidos; escenas de violenta crudeza —abundan los motivos eróticos— reciben su toque de óleos grisados y eufemismos. El clima de la novela sucede desde un ángulo naturalista que tiene en su favor el optimismo, pese a la actitud determinista del hombre que sirve y es siempre el criado, el hombre que debe a su patrón, hacienda, mujer y vida.

Homero —el patrón que se comporta como un casticísimo macho, especie de don Juan aceptado y soportado— da muestra de su sexo en inquilinas, criadas y hasta en ocasionales viajeras y caminantes. Aquello de la vieja tierra con hombres viriles, de manta alegre y caballo chúcaro, desprenden su estampa en *Cuero duro*.

Nos asiste la certeza de que no estamos ante una novela realizada conforme a la tendencia actual, a la intención existencial; pero también sentimos en nuestro instinto, que estamos ante una vigorosa novela, apretada, chilena, con cierta proyección universal —en algunos motivos de la pugna humana y en su aliento de lo feudal americano—, pese al color del lenguaje e imagen de sus hombres. Hay allí un lenguaje creado con aciertos de la captación de lo popular, que en Hernán Jaramillo se hace recio, substancioso, personalísimo.

CLAUDIO SOLAR



El Huésped, de MARGARITA AGUIRRE. Ed.
EMECE, Buenos Aires, 1958.

CUANDO HACE ALGUNOS MESES Margarita Aguirre estuvo en Chile, reiteró ante la prensa la afirmación de que la novela premiada por EMECE había sido escrita siete u ocho años antes, por lo cual, inclusive, no se sentía ya “de acuerdo” con ella. Tal declaración no debe ser olvidada, puesto que implica el reconocimiento de un cambio de posición y, respecto al pasado, una consecuencial actitud autocrítica, pese a que ésta no fue definida concretamente por la novel escritora.

No constituye audacia inferir que el descontento de Margarita Aguirre se origina principal o exclusivamente en el contenido de *El huésped*, antes que en la estructura resultante.

¿Cuál es este contenido? Según las palabras de la autora, la novela fue escrita al término de la adolescencia, dato decisivo para su cabal comprensión. En efecto, resulta difícil que un muchacho, o una muchacha, pueda eludir en una obra literaria las proyecciones de sus propias experiencias

internas. Tal carácter vivencial, elemento constitutivo de la mayor parte de las producciones artísticas, se acentúa gravitadamente en las obras de juventud, por razones que estaría demás explicar.

Señalado esto, ¿cuáles son las determinaciones humanas vertebrales en *El huésped*? A nuestro juicio, una esencial origina y condiciona las restantes: la atracción y rechazo simultáneo que los adultos provocan en el ser que pisa los umbrales de la pubertad. Esta doble acción del mundo externo determina en su vida sentimental una sucesión de encontradas apetencias. Por un lado, sabe que ése será también su mundo y quisiera acelerar el proceso de la integración. Pero, por otro, todavía no alcanza la madurez y, al mismo tiempo, tampoco ha dejado totalmente de ser niño. Semejante indefinición lo hace oscilar violentamente entre las dos edades, chocando contra ambas. Se refugia entonces en una soledad masoquista que le sirve para examinar y exagerar sus sufrimientos. Allí, solo, nadie puede causarle más heridas. Sin embargo, la sociedad no es una abstracción ni un invento del cual se pueda prescindir. Pronto sentirá sus llamados y advertirá que existen posibilidades de que los sueños se realicen y, además, comprenderá la categórica necesidad de incorporarse al mundo social.

Así, viviendo intensamente entre esta participación y esta fuga pendulares, transcurren los primeros años de la adolescencia de Guillermo, protagonista de la novela.

Como bien se sabe, no es esta obra la primera que elabora un contenido similar, pero parece que pocos escritores nuestros han logrado obtener una síntesis tan esencial como la que aquí se ostenta, síntesis y esencia que están en la raíz de sus méritos excepcionales.

A fin de conseguir este cuadro en profundidad, Margarita Aguirre se vale de algunos recursos novelescos legítimos y en cuyo manejo revela una maestría propia de los mejores novelistas. Tales recursos tienden principalmente a concentrar y subrayar tanto los empujones hacia la soledad que recibe Guillermo como las incitaciones que le ofrece una posible vida comunitaria, amplia y plena. Así, por ejemplo, el padre del muchacho es un ser rudo, lejano, frío, que lo arrastra en constante peregrinaje por las pensiones santiaguinas. Es decir, Guillermo carece de hogar, no conoce a su madre y nada sabe de la protección y el cariño familiares.

Pero su padre lo lleva a vivir a un remedo de hogar, la casa de una tía. Esta mujer, sin embargo, tiene una rígida y fanática contextura religiosa. Los demás parientes, nostálgicos de un esplendor venido a menos, son igual-

mente anormales: una loca de remate y un viejo sumido en plena estupidez senil.

Como Guillermo es débil y enfermizo, semejante ambiente precipita sus angustias y sus búsquedas del efímero consuelo que proporciona la soledad. Realiza algunos esfuerzos por abrirse hacia un exterior más sano, pero todos estos esfuerzos culminan en una serie de amargos fracasos. Va a la escuela: no resiste el vigor, desenfado y agresividad de sus compañeros. Acuna un primer y vago enamoramiento: la niña de sus ensueños hace cruel mofa de él. Cree encontrar dos amigos: resultan dos rufiancillos que lo maltratan, lo obligan a robar y se apoderan de su abrigo.

Los desengaños se acumulan y aumentan la tortura interna. De pronto, todos los dolores son aventados por una poderosa ráfaga de humanidad: inesperadamente aparece una hermana mayor, desbordante de simpatía y ternura, que lo lleva a vivir con ella. Todo ahora está bien, renacen las esperanzas y las ilusiones... Hasta que Guillermo descubre que Hortensia sobrevive mediante una prostitución de alto coturno. Vencido, frustrado, regresa sumiso e indiferente al lado de la tía beata.

Allí termina la novela, con la derrota del protagonista. Este desenlace podría ser el punto de "desacuerdo" que hoy sustenta la autora. Es indudable que aquí la vida se batió en retirada y que Margarita Aguirre exageró la triste suerte del muchacho, provocando una unilateralidad poco realista. Pero es cierto, también, que en unos párrafos finales hace decir a Guillermo: "Nada me importa ni nada me interesa. Aunque hay una costumbre que conservo y es lo único que me procura algún agrado cuando puedo hacerlo. Es mirar por las ventanas. Por la aislada calle del barrio en que vivo sigue circulando la gente: los vendedores, los niños, las mujeres, los obreros, los que van y vienen de sus trabajos. Me parece que en ellos está ese algo maravilloso que yo busqué en vano. Una vez se me ocurrió pensar que si yo hubiera trabajado como Hortensia quería, quizás hubiera sido como ellos". Esta cita es fundamental si se quiere examinar el significado del epílogo.

Descontado este triste final, no cabe duda de que la novela constituye una obra de virtudes extraordinarias en nuestro continente. Margarita Aguirre ha sabido captar con hondura una parcela vital, sin dejarse tentar por ningún esquema psicologista ni pseudorealista. Hay realismo en estas páginas, vida fluyente y contradictoria, humanidad —condicionada, limitada y dolorida, pero humanidad al fin y al cabo.

Aparte del protagonista, algunas figuras secundarias también están obtenidas como caracteres reales, vigorosos y nítidos: el cura Martínez, la tía Flora, Sara, etc. Sobre todo, Hortensia emerge dotada de un verismo y una fuerza que hacen de ella un personaje hondamente representativo de situaciones sociales más o menos comunes. Se trata de una mujer que tiene semi-consciencia del abismo en que está cayendo y que, a pesar de todo, mantiene intactas su ansia de vivir, su cordial generosidad y su nobleza. Es un esbozo admirable de una tragedia femenina auténtica, real, acusadora.

El huésped, en suma, constituye una novela propia de un gran talento creador, enérgico, bien orientado y en fecundo desarrollo.

YERKO MORETIC



Los Muchachos y el Bar Pompeya, de PABLO
GARCÍA. (Prensa Latinoamericana, 1958).

CON PREDOMINIO OSTENSIBLE de un diálogo forjado mediante interlocuciones breves, medulares, sintetizadoras, Pablo García ha construido nueve cuentos de cuyo contenido puede afirmarse que alcanza extremos insólitos en cuanto al escepticismo brutal y cínico que lo caracteriza esencialmente. Toda la exacerbación negativista observable en las obras de los escritores pertenecientes a la llamada "generación del 50", se agudiza aquí de manera monótonamente repulsiva, premeditada y uniformemente desvalorizadora.

Por ejemplo, de la treintena de personajes creados en estos relatos, no hay uno solo que pueda provocar la menor inclinación de simpatía. Todos, absolutamente todos, actúan impulsados por instintos en estado primitivísimo, pretendidamente prístino, bestiales, en el sentido de que carecen de la más mínima humanización.

Seres desquiciados, amorales, desnudos de generosidad y de pudor, el autor los muestra reiteradamente enfrentados a dos situaciones claves: la ansiedad sexual y la cercanía de la muerte. Cada una de estas situaciones es resuelta por dichos seres, en los diversos cuentos, de una manera similar.

El deseo sexual —elemento psicobiológico espontáneo, indispensable en el contenido de cualquiera obra que busque aprehender integralmente una realidad humana—, sufre aquí una involución que lo reduce a animalidad estricta, despojada de toda la significación supracarnal propia e inseparable